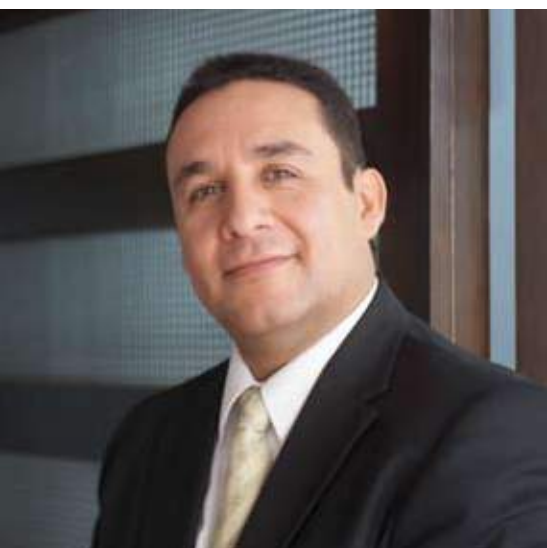


# Dos tenores jóvenes: Carlos Galván y Rodrigo Garciarroyo

por Hugo Roca Joglar



Carlos Galván: "Canio es el papel para *spinto* ideal para mí"



Rodrigo Garciarroyo: "Mi debut fue el día más importante de mi vida"

*Cavalleria rusticana* y *Pagliacci* nada nuevo ofrecen al melómano... salvo la posibilidad de encontrar voces nuevas. Son las óperas de siempre, con su "Siciliana" y su 'Vesti la giubba' tantas veces escuchadas, pero resulta atractivo redescubrirlas en la interpretación de cantantes diferentes.

Este famoso dúo lírico de melodramas cortos se presentó en Bellas Artes a principios de diciembre como el último título producido por la Compañía Nacional de Ópera en 2011. Fue la misma producción que se presentó hace dos años en el Teatro de la Ciudad (durante las obras de renovación del Palacio), pero entonces Alfredo Portilla cantó Turiddu y José Luis Duval, Canio; ahora estos papeles estuvieron a cargo, en dos de las cinco funciones, de Rodrigo Garciarroyo y Carlos Galván, respectivamente.

Para uno de ellos significó debutar un protagónico en Bellas Artes; para otro representó su regreso al máximo escenario lírico del país. Los melómanos mexicanos entraron en contacto con dos voces tenoriles jóvenes, en desarrollo, pero sobre todo con dos representantes de una generación de cantantes que ha tenido pocas oportunidades de lucirse en roles protagónicos en Bellas Artes, ante el acaparamiento de dichos roles por parte de los contemporáneos de Francisco Araiza y Ramón Vargas que permanecieron en México.

Hay varias diferencias entre ambas generaciones y la principal es que estos nuevos tenores tienen una formación teatral donde la pantomima es condición inherente y no complemento en su interpretación de partituras. Actúan mejor y se apasionan mucho, frecuentemente demasiado, con tanta intensidad que rechazan un canto bonito en el que nada pasa por uno emotivo, con imperfecciones, pero sanguíneo.

Carlos Galván es un tenor dramático que desde hace varios años pertenece al Coro de la Ópera de Bellas Artes. Sus destacadas condiciones le permitieron en el pasado cantar papeles principales en algunas funciones de la compañía, como en *Ildegonda* (Melesio Morales) y *La traviata* (Verdi). No obstante, durante la época en que José Areán dirigió la Ópera de Bellas Artes (2007-2009) se terminaron las invitaciones, situación que se prolongó durante la administración de Alonso Escalante (2009-2010). Para seguir teniendo experiencias escénicas, Carlos buscó opciones en provincia sin descuidar su trabajo en el coro y encontró en la compañía de Enrique Patrón de Rueda en Sinaloa el lugar ideal, donde en los últimos años ha sido uno de los tenores favoritos del emblemático maestro.

Su regreso al escenario de Bellas Artes fue atípico para el entorno operístico mexicano: a través de una audición. Jaime Ruiz Lobera, el joven director artístico de la institución, convocó a varios cantantes nacionales que interpretaron ante un grupo de jueces, entre los que se encontraban Sergio Vela y Javier Camarena, y escogió a Carlos para alternar Canio con José Luis Duval. Fue la mejor noticia de su carrera y Carlos salió al escenario salvaje y confiado, dispuesto a demostrar que tiene las capacidades suficientes para ser protagonista en Bellas Artes. Se le escuchó sobrado; el papel resulta ideal para su voz y lo hizo bien; cumplió y, sobre todo, emocionó al público.

“Canio es el papel para *spinto* ideal para mí. Al principio de los ensayos, me emocionaba tanto que me adelantaba y el concertador, con una sonrisa, me decía con las manos: ‘Bájale un poco a tu intensidad’. Pero me cuesta mucho y es lo que más me preocupaba de cara al debut: que se me pase la emoción. Es que, imagínate a un hombre de buenas intenciones, porque al final creo que Canio, al conocer que su mujer —que es más joven— le es infiel, se rompe... por dentro se siente destrozado, siente que lo ha perdido todo y lo abandona la noción de sí mismo hasta un abismo que culmina con el asesinato. Yo soy él, yo estoy ahí y lo único que tengo que hacer es hacérselo creer al público.”

En esa misma audición participó Rodrigo Garciarroyo y fue escogido para protagonizar *Cavalleria...*, alternando su Turiddu con el de Octavio Arévalo. Su voz corre por el teatro con vigor y dramatismo, es grande e imponente, así como su cuerpo, que frisa el 1.90 de estatura e inflama el sentido del canto con una actuación descarnada. Días antes cantó el mismo papel en Ciudad Juárez, dirigido por Carlos García Ruiz, al lado de Amelia Sierra, quien también fue su pareja en Bellas Artes, y quien interpretó una Santuzza no sumisa sino agresiva.

El canto de Rodrigo fue solvente, aunque lo más interesante resultó la lectura que transmitió de su personaje, pues aprovechó la Santuzza de Sierra para él mismo llevar a su personaje a nuevas búsquedas sensuales. Pocas veces en México se ha visto un Turiddu así de tierno, tan lejano al acostumbrado patán, donde el amor que siente por Santuzza y la confusión de su corazón no sólo son evidentes, sino que determinan en todo momento la acción dramática.

“Mi debut en Bellas Artes fue el día más importante de mi vida. Pero también significa un antes y un después, una línea muy clara. Me he desarrollado hasta un nivel donde me pueden ofrecer Bellas Artes; eso es un gran honor, como no tienes idea. Ahora lo difícil es mantenerme; demostrar que lo merezco, que no fue un regalo. Y el camino es el trabajo, la especialización; mejorar detalles de mi voz, pequeñas cosas que te llevan al dominio absoluto; y buscarle; aceptar opciones de provincia; por ejemplo, ahora en febrero voy a ser Cavaradossi (en *Tosca* de Puccini) en San Miguel de Allende. Otra buena noticia es que me acaban de dar mi visa de trabajo en Nueva York, que me permitirá aceptar varias ofertas que antes no podía por no tener cómo trabajar allá.”

Algunos críticos hablaron mal (no es novedad) del debut de ambos tenores como protagonistas. Hubo incluso quien, para justificar sus opiniones desfavorables, los comparó con gente muerta, como Corelli y Del Monaco, a los que nunca escucharon en vivo. Este despropósito refleja que algunos de los que escriben hoy día sobre ópera pertenecen al pasado, y es lamentable porque dejan sin voz al público, que aplaudió a rabiar el desempeño de Carlos y Rodrigo. ●